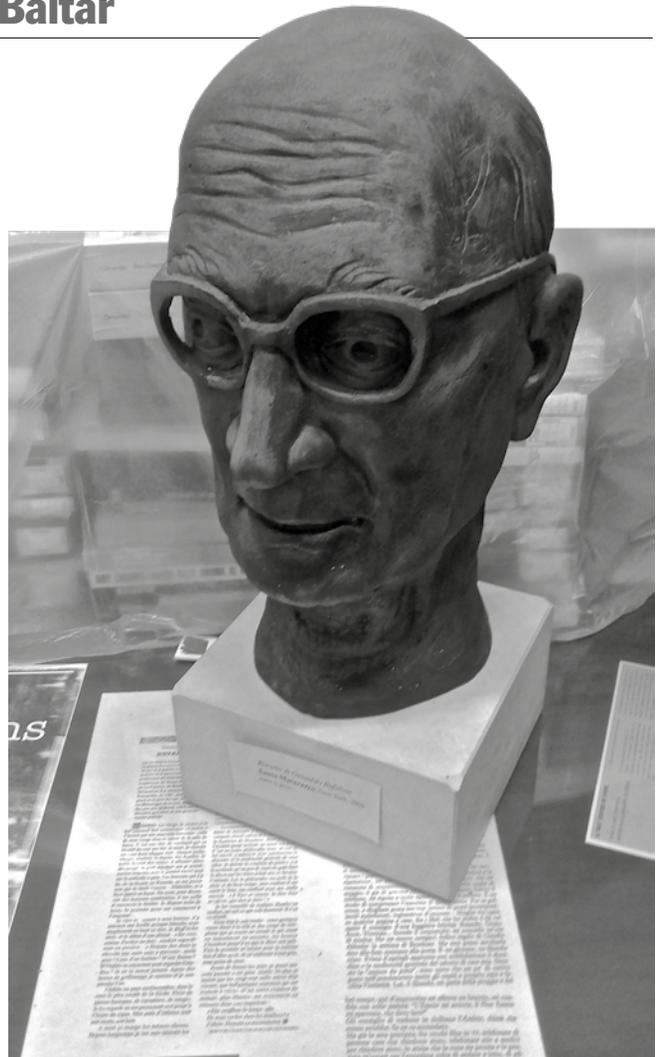


El barroco siciliano de GESUALDO BUFALINO

Ernesto Baltar

Hace cien años, el 15 de noviembre de 1920, nació en Sicilia don Gesualdo Bufalino, uno de los escritores más fascinantes, brillantes y profundos del siglo XX, al menos para mí. La suya es una prosa barroca de tono elevado, opulento, pero siempre amortiguado por el colchón del juego y la ironía; un estilo recovecoso, fulgurante, lleno de metáforas y figuras retóricas como el oxímoron, la antítesis o la elipsis; una escritura trufada de guiños metaliterarios y referencias eruditas, que en él nunca suenan artificiales o presuntuosas sino espontáneas, naturales, vivas. Lejos de la parafernalia inane o los fuegos de artificio, su discurso —siempre deslumbrante— estaba atravesado de una hondura metafísica y una emoción estética que pocas veces se alcanza. Cinéfilo y melómano, Bufalino perseguía la belleza más sublime y la lograba con una facilidad prodigiosa, como si bailase swing o improvisase jazz en una sala de conciertos, evidenciando una extraordinaria soltura lingüística y una vastísima cultura. Mi impresión cuando lo leí por primera vez fue contundente y un poco desconcertante: era como si la Biblioteca de Babel al completo —todos los clásicos griegos y latinos, toda la literatura moderna, contemporánea, de vanguardia...— estuviera allí condensada, sublimada en la prosa exquisita de este hombre que había logrado destilar, en trazos leves y difuminados, como en un arabesco veloz y sutil, la esencia pura de la literatura. Un antes y un después radical en mi modesta biografía lectora.

Lo que más suele destacarse de la biografía de este escritor, y que conforma lo que podríamos llamar el «caso Bufalino», es su tardía y fulgurante revelación en el ámbito literario. Desde luego no es muy común. Después de una vida tranquila y discreta como profesor de instituto en su pueblo natal (Comiso), Bufalino irrumpió de manera espectacular en el mundo editorial en 1981, a sus 60 años, con la novela *Perorata del apestado*, que ganó el Premio Campello. Aquello fue como destaponar un volcán creativo. Por supuesto, el escritor inédito llevaba muchos



Busto de Gesualdo Bufalino.

años dedicado a la escritura y reescritura de la que muchos consideran su obra maestra, así como de otros textos de distintos géneros, pero solo él lo sabía. Una labor silenciosa y oscura de construcción de una *opus perpetuum* que podría haberse prolongado quizá hasta su muerte, puliendo y retocando los textos, si una sucesión de casualidades no hubiera despertado el olfato literario de Leonardo Sciascia.

En 1977 Bufalino escribió la introducción a un libro de fotografías antiguas publicado por la editorial Sellerio con el título de *Comiso ieri (Comiso ayer)*. Se trataba de una pequeña publicación, de factura modesta, destinada al público local: una galería de retratos y escenas de finales del siglo XIX y principios del XX, una colección de tipos sociales y fragmentos de la vida cotidiana de esta región de Sicilia. Las fotografías las habían encontrado casualmente Bufalino y su amigo Giocchino Iacono en la casa de campo de este, guardadas en un baúl que había permanecido oculto en un falso techo. Eran más de 400 fotografías que había tomado el abuelo de Giocchino, aficionado al arte del magnesio en aquella época de técnicas aún difusas y rudimentarias, y a ellas se unieron otras imágenes que fueron encontrando de otros fotógrafos *amateurs* de la misma época. El casi centenar de instantáneas que escogieron para el libro servían de registro histórico de las costumbres de la zona y también como crónica familiar, con su muestrario de tradiciones, fiestas, vestidos, lugares de reunión, profesiones, etc.

El caso es que la calidad literaria del texto introductorio de Bufalino a ese volumen fotográfico llamó poderosamente la atención de Elvira Sellerio y Leonardo Sciascia, que percibieron en aquellas páginas el pulso narrativo de un escritor de raza y mostraron interés por poner cara a aquel autor desconocido. Primero contactó con él Sciascia, que le preguntó si guardaba en sus cajones alguna novela inédita. Reticente a exponer sus escritos en público, Bufalino le dijo que no, aunque sí le habló de una traducción que tenía terminada de *Le Controrime* de Paul-Jean Toulet, que la editorial se apresó a publicar¹. En una llamada posterior, ante la insistencia casi suplicante de Elvira Sellerio, Bufalino —«un poco por galantería, un poco porque en todo escritor privado late un vanidoso que desea verse impreso»— reconoció la existencia de una novela concluida: *Diceria dell'untore* (para la cual Joaquim Jordà, en su magnífica traducción al castellano, escogería el título de *Perorata del apestado*).

Según explicaría el autor en unas «Instrucciones de uso» redactadas para sus amigos con el objetivo de ayudarles a entender los múltiples guiños y referencias de la

¹ Bufalino publicó en la editorial Sellerio la traducción de varias obras literarias francesas, como la mencionada de Toulet, *Susanna e il Pacifico* de J. Giraudoux, *L'amor geloso* Madame de La Fayette o *I fiori del male* de Baudelaire.

novela, Bufalino había empezado a trabajar en esta novela en los años cuarenta, después de la guerra, cuando esbozó un primer borrador. Sin embargo, abandonó pronto su escritura y no la retomó hasta 1971, más de veinte años después. Por fin, en 1981, a sus 60 años, Bufalino puso fin a la larga revisión de diez años de su obra y la entregó a la imprenta para su publicación². El éxito de la novela fue inmediato y unánime: tanto la crítica como el público se rindieron a la revelación tardía de aquel escritor inédito, y los premios lo revalidaron³.

A partir de este súbito descubrimiento, las publicaciones se sucedieron de manera vertiginosa. En 1982 publicó dos libros: uno de poesía, *L'amaro miele*, y uno de prosa, *Museo d'ombre*, deliciosa colección de estampas literarias, semblanzas y recuerdos en la que homenajea los oficios perdidos y el habla de su tierra. En 1984 publicó su segunda novela, *Argos el ciego*, muy marcada por sus memorias de juventud. En 1985 dio a la imprenta una selección de artículos y ensayos con el título de *Cere perse*, que forman parte de ese género breve italiano, más literario que periodístico, que allí denominan «*elzeviro*». En 1986 reunió un conjunto de relatos en *El hombre invadido*, que contiene alguna de sus piezas literarias más logradas. Al año siguiente debutó en otro género para el que también estaba singularmente dotado, el de los aforismos, reunidos bajo el título de *Il malpensante*. Con su tercera novela, *Las mentiras de la noche*, fue galardonado con el prestigioso Premio Strega en 1988, año en que publicó también la colección de ensayos misceláneos *La luce e il lutto*. El resto de su producción se atuvo al ritmo regular de un título por año: la selección de artículos *Saldi d'autunno* (1990), la novela *Qui pro quo* (1991), la autobiografía ficcionada *Calendas griegas* (1992), el relato *Il Guerrin Meschino* (1993), su segunda colección de aforismos *Bluff di parole* (1994),

² En el Fondo de Manuscritos de Autores Modernos y Contemporáneos de la Universidad de Pavía se conserva el material preparatorio de la novela, un complejo *corpus* de manuscritos y dactiloscritos con al menos siete versiones sucesivas.

³ En 1990 se estrenó una versión cinematográfica de la novela, en mi opinión floja y deslucida, dirigida por Beppe Cino y protagonizada por Remo Girone, Lucrezia Lante della Rovere, Franco Nero, Vanessa Redgrave y Fernando Rey. No ha sido la única vinculación de Bufalino con el séptimo arte: en 2007 el director iraní Nosrat Panahi Nejad realizó el documental *La scomparsa di Gesualdo Bufalino, Amaro miele*, con la voz en off de Bufalino recitando algunas de sus poesías, y en 2010 el célebre cantautor Franco Battiato dirigió el documental *Auguri, don Gesualdo*, donde aparecen entrevistas inéditas con el escritor.



Comiso Fundación Bufalino.

el libro-mosaico *Il fiele ibleo* (1995) y la novela *Tommaso, il fotografo cieco* (1996)⁴.

Bufalino murió el 14 de junio de 1996 en un accidente de tráfico en la carretera que une Comiso con la vecina Vittoria, mientras volvía con un amigo de la casa de su esposa. Tenía 75 años. Estaba por entonces escribiendo una novela titulada *Shah Mat (L'ultima partita di Capablanca)*, inspirada en la vida del ajedrecista cubano José Raúl Capablanca y de la que solo se han conservado dos capítulos. La fatalidad, o el absurdo del destino, quiso llevarse al escritor en plena efervescencia creadora, robándonos su obra futura. Ya había dicho uno de sus personajes que la vida es una partida de ajedrez que se juega contra un Dios vendado. En el cementerio de Comiso se encuentra la tumba de Bufalino, una estructura romboide de dudoso gusto, donde se puede leer en el mármol un precioso epitafio en latín: «Hic situs, luce finita».

Por tanto, haciendo cálculos someros, la carrera literaria oficial o pública de Bufalino duró apenas quince años, pero superó la quincena de títulos. Su obra completa, re-

⁴ Para completar su bibliografía, bastaría con añadir tres antologías de las que se encargó: *Dizionario dei personaggi di romanzo* (1982), *Il matrimonio illustrato* (1989), escrito a cuatro manos con su mujer, y *Cento Sicilie* (1994), coeditado junto a Nunzio Zago.

cogida en dos volúmenes por Bompiani, ocupa en torno a las 3.500 páginas. Dada la calidad impar de su escritura, estas cifras son suficientes para ubicar a su autor como una de las cumbres de la literatura europea del siglo XX, aunque no pretendo ser ecuánime o imparcial en esto⁵.

El barroco siciliano

Al pie de los montes Ibleos, cerca de la costa sudeste de Sicilia, se encuentra el pueblo natal de Bufalino. Llega uno en coche a Comiso con la cabeza poblada de fantasías barrocas, no solo las que ha ido captando en el camino, a lo largo y ancho del valle de Noto, sino también con las que trae consigo en el bagaje de sus lecturas sicilianas. Por supuesto, la exuberancia estilística de Giuseppe Tomasi di Lampedusa y los personajes fantasmales de Pirandello, pero también las peripecias mitad mafiosas mitad

⁵ Con Bufalino me ocurre lo mismo que con Ramón Gómez de la Serna (de quien, por cierto, el siciliano tradujo un libro de greguerías con el precioso título de *Sghiribizzi*). Para mí son los dos máximos representantes de lo que se podría llamar una Literatura de la Felicidad. Hacen la vida mejor, más amplia, más luminosa (incluso aunque se ocupen de la muerte, a la que ambos dedicaron abundantes cavilaciones). Ensanchan la realidad, alumbran el mundo. Nos han enriquecido tanto la mirada que ante ellos solo cabe inclinarse, aplaudir y mostrar reconocimiento.



Gesualdo Bufalino en el cortile.

sentimentales de Leonardo Sciascia, las descripciones naturalistas de Giovanni Verga, las tramas policiacas de Camilleri, las evocadoras conversaciones de Vittorini y, en mi caso, sobre todo, como vengo diciendo, la fiesta metafísica y el estallido de la metáfora de Gesualdo Bufalino.

Módica, Noto, Ragusa. El estilo barroco siciliano, caracterizado por sus fachadas cóncavas, sus máscaras grotescas, sus escalinatas infinitas, su piedra volcánica y sus balcones de hierro, surgió durante la reconstrucción de la región que siguió al terrible terremoto de 1693. El rey Carlos II, al contemplar la devastación de la zona, impulsó un plan urbanístico de gran complejidad y ambición que rediseñó la vida de las gentes y convirtió su hábitat en una especie de escenario o decorado teatral. Dicho con la rotundidad del aforismo: el Gran Teatro del Mundo, tópico barroco decisivo, se hizo materia en Sicilia.

Es mediodía cuando llegamos a Comiso, tras serpentear por una carretera que desciende en acusada pendiente desde la montaña. Hace un día soleado y templado. Aparcamos cerca de la catedral y bajamos por la cuesta, buscando con la mirada algún signo de las torres y fachadas ya vistas por internet. Por fin localizamos el lugar. Contemplada desde fuera, la panorámica de la Fundación Bufalino tiene un aire a las pinturas de Giorgio de Chirico, con esa levedad metafísica del cuadro sin personas, solo compuesto de líneas geométricas, puntos de fuga y edificios de arquitectura efímera. El patio interior, un antiguo mercado, tiene esa distinguida belleza decadente de los espacios abandonados, con la piedra gris surcada de manchas y el musgo despuntando por las juntas.

Nos recibe amablemente el director de la Fundación, Giovanni Iemulo, con el que había concertado una cita por email. Nos enseña el local durante más de una hora. Es un hombre afable, que destila admiración por el escritor. Explica que no suelen tener muchas visitas del extranjero. Pocos lectores se allegan hasta allí. En la Fundación custodian multitud de objetos, documentos y recuerdos del escritor, y sobre todo allí conservan la biblioteca de Bufalino, el taller espiritual de su mastodóntica cultura. Gracias a una memoria prodigiosa, era capaz de recordar pasajes enteros de libros, recitaba poemas de corrido y sostenía discusiones en latín con el director del instituto. Cuando un día un periodista le preguntó cuál podría ser la solución de los problemas sociales vigentes, de la mafia al desempleo, Gesualdo respondió con firmeza: «La cura es una sola: libros, libros, libros».

Desde muy pequeño Bufalino fue un devorador entusiasta de libros y periódicos. La pequeña biblioteca de su padre, un obrero aficionado a la lectura, fue proporcionando alimento a lo que acabaría siendo una pasión desatada, casi enfermiza. Estudió el bachillerato en la vecina ciudad de Ragusa, famosa desde hace unos años por las investigaciones del comisario Montalbano. En 1936 volvió a Comiso, donde tuvo como profesor a Paolo Nicosia, renombrado estudioso de Dante. En 1939 recibió un premio nacional literario para jóvenes, de prosa en latín, e incluso viajó a Roma para recibirlo de manos del mismísimo Duce, en el palacio Venecia.

Comenzó la carrera de Filosofía y Letras en la Universidad de Catania, pero el estallido de la Segunda Guerra Mundial interrumpió sus estudios y tuvo que alistarse en el ejército. En 1943, en Friuli, el teniente Bufalino fue capturado por los alemanes antes del armisticio, pero logró escapar poco después y se refugió con unos amigos en la región de Emilia-Romagna, donde por un tiempo continuó dando clases. Por desgracia, en 1944 cayó enfermo de tuberculosis y tuvo que permanecer ingresado durante muchos meses, primero en un hospital de Scandiano, donde tenía a su disposición una biblioteca impresionante, y luego, después de la Liberación, cerca de Palermo, en un sanatorio de la Conca d'Oro, donde finalmente recibió el alta en 1946. En su primera novela, *Perorata del apestado*, volcará todas estas experiencias, debidamente transfiguradas por los mecanismos de la literatura.

Ya recuperado de la enfermedad, reanudó sus estudios y se licenció en Literatura en la Universidad de Pa-

lermo. Entre 1946 y 1948 publicó varias piezas de poesía y prosa en dos periódicos lombardos, *L'Uomo* y *Democrazia*, alentado por su amigo Angelo Romano. Sin embargo, esas pequeñas muestras iniciales de intervención pública no tendrían continuidad, pues Bufalino renunció a su carrera literaria casi de inmediato, como hemos explicado antes, optando por una vida sencilla, apartada, dedicado a la enseñanza y a la escritura secreta.

Desde 1947 hasta su jubilación fue profesor de literatura en el Istituto Magistrale 'Mazzini' de Vittoria, sin abandonar prácticamente nunca su localidad natal, excepto en raras ocasiones y por períodos muy breves de tiempo. Prefería los viajes mentales a los físicos: le gustaba «quedarse sentado, soñando despierto, en el propio estudio», como Ariosto, Leopardi o Baudelaire, «hojeando el atlas de Ptolomeo en un sillón en lugar de confiarse a las frágiles mesas de un barco».

Un teatro metafísico

A glosar las maravillas de su pueblo dedicó Bufalino cientos de páginas, demorándose sobre todo en su pasado más o menos remoto, tamizado por los recuerdos. Ya en un poema juvenil dedicado al río Ippari, expresaba esa nostalgia provocada por el paso del tiempo: «Te entregué mi infancia. Como serpientes en tus grietas, todos mis días me esperan; enterrada en tus aguas está la piedra de mi corazón. Ippari viejo, río herido, déjame volver a escuchar tu voz». Y en *Museo de sombras*⁶ nos muestra una Comiso antigua, olvidada, a la que le ha ocurrido como a todos los pueblos que han perdido su identidad bajo la doble usura del tiempo y de la historia.

El corazón de Comiso es la Piazza Fonte Diana, con una fuente dedicada a la diosa cazadora recostada en el centro y rodeada por palmeras, macetas, bancos y algunos edificios señoriales del siglo XIX, así como el ayuntamiento de estilo neoclásico. A Bufalino le gustaba contemplar la circunferencia de la plaza y dejarse transportar por la memoria: «Podría contar la historia de cada tienda, punto de venta o quiosco en el transcurso de tres o tal vez cuatro generaciones. Periódicos, estancos, cafeterías, barberos, tenderos... A cuántos he visto aparecer en el umbral para

⁶ La mayoría de los textos que componen ese libro habían aparecido ya en un volumen colectivo, *Comiso viva*, publicado en 1978 por la asociación local Pro Loco de Comiso. Se trata de minúsculas epifanías, memorias breves y vagas de estilo elegíaco e irónico, como un viaje sentimental por la infancia, por las anécdotas familiares y por el mito cotidiano del hogar.



mirar el reloj del frontón del ayuntamiento; qué ejércitos de fantasmas familiares han pasado paulatinamente sobre las mismas baldosas donde hoy mi pie traza, para un mayor desgaste, la antigua huella del zapato de su hijo». Cerca de allí comimos, en un restaurante que nos recomendó Iemulo.

Hombre de rutinas y rituales cotidianos, Bufalino quiso permanecer siempre recluido en su «palacio-prisión» de Comiso. El mundo era su biblioteca, y el orbe completo cabía en su imaginación. Le gustaba leer durante horas, escuchar música, pasear por las calles del centro histórico, allegarse hasta la biblioteca municipal, jugar una partida de ajedrez o de bridge en el Círculo de Cultura... Uno de sus lugares preferidos era la Piazza delle Erbe, donde en otro tiempo se ubicaba el mercado de pescado. En el claustro de esa antigua lonja, bajo cuyas arcadas conversaba con sus amigos, se encuentra ahora la Fundación que lleva su nombre.

Para Bufalino Comiso era una especie de «Ciudad Teatro», pues desde cualquiera de sus ángulos podía asistir al espectáculo humano: el mercado, la asamblea, la iglesia, el teatro o el cementerio eran los principales escenarios donde se representaba la intimidad colectiva. En el fondo, la literatura de Bufalino es como su pueblo: un enorme teatro metafísico, repleto de palabras, imágenes y personas, que podemos identificar con el universo entero. ■ ■